Ocho días, una vida

Alberto Vaca Escribano

Ocho días, una vida

Alberto Vaca Escribano

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Alberto Vaca Escribano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-72-1
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-15805-2024

Una novela es un proceso obsesivo de descubrimiento y creación que te aísla del resto del mundo. Que las personas con las que convives lo acepten, compartan y te animen es una gran fortuna. Por eso esta novela se la dedico a mi mujer Marisol y a mis hijos Alejandro y Gonzalo. No les devolveré el tiempo robado, pero sí todo mi amor y agradecimiento por ser querido tal cual soy

Prólogo

Cualquier vida, incluida la de emperadores, artistas o mendigos, se puede contar fijándonos únicamente en ocho días y, aun así, dar un testimonio exhaustivo de su verdadera esencia. Supongamos que una persona vive ochenta años, esto son veintinueve mil doscientos días, elegir «ocho» supone centrarnos en el 0.00027% del tiempo total de su vida, parece un porcentaje ínfimo. Pero los números mienten tanto como las palabras. Si cada uno de estos ocho días representa las diferentes etapas por las que vamos pasando los humanos —niñez, infancia, adolescencia, juventud, madurez y vejez—, entonces cada uno de esos días aumenta su representación como para entre todos poder explicar una vida entera. Imaginemos que cada una de estas fechas se refiere a un acontecimiento crítico, de los que, cuando suceden, marcan la diferencia entre el antes y el después. Si fuera así, podemos empezar a creer que el relato que une estos ocho días nos permitirá conocer suficientemente al personaje del que hablamos.

Parece cierto que las personas traemos en nuestro código genético capacidades y predisposiciones a que unas cosas nos sucedan con mayor probabilidad que otras. Nos pasamos la vida negociando con el entorno para ir dando forma a una personalidad que caracteriza nuestra habitual manera de ser y de actuar, que es la que nos diferencia del resto de personas y por la que nos identifican. Conociendo los acontecimientos de ocho días de una vida, espaciados en sus etapas evolutivas, podemos descubrir un patrón general, esas claves de una forma de ser que nos permitirá intuir, con un grado de error aceptable, el resto de sus días.

Hay segundos que contienen la magia para convertirse en el punto de inflexión de toda una vida, de facilitarte la gloria o enviarte directo al infierno. Nos lo cuenta fantásticamente bien Stefen Zweig en *Momentos estelares de la humanidad* o nos lo hace ver Woody Allen en *Match Point*. También lo podemos ver en una simple escena cotidiana donde un muchacho de veinte

años entra en un autobús, como hace todas las mañanas, pero ese día ve un asiento vacío y decide sentarse, al lado viaja una muchacha morena, que va absorta leyendo una novela, cuando él se va a sentar, se miran y se sonríen unas décimas de segundo más de lo normal, ella había llegado al final del capítulo, qué casualidad, no volverá a abrir su libro en el resto del trayecto y él decide no sacar el que tiene en la mochila. Están hablando, aunque ellos mismos no saben bien de qué, ambos se pasan cuatro paradas de su destino porque su espíritu les pide que no se pierdan el «tren de su vida». En ese instante, aún no son conscientes, pero hay otra chica y otro chico que serán abandonados afectivamente por ellos y caminarán sonámbulos hasta volver a encontrar, quizá, ese segundo mágico que han perdido, ese asiento vacío en el que no se fijaron antes.

Sí, si conociéramos los ocho instantes críticos de la vida de una persona tendríamos en nuestras manos el libreto entero, porque aun desconociendo infinidad de información, podríamos asegurar que esta no es de vital importancia porque gran parte de ella es el repertorio de las rutinas que provoca la sucesión de días y de noches, pero no son los momentos mágicos. Esa gran cantidad de horas donde lamentablemente no nos desborda la pasión, no hay aventura y descubrimiento y el tiempo no le roba instantes a la muerte. Imagino que solo algunas celebridades disponen de instantes de gloria más numerosos, quizá ochenta, pero este libro cuenta la vida de una persona como todas, casi normal.

Nacer en 1952 en un pequeño pueblo de Alicante rodeado de naturaleza propició que nuestro protagonista pasara su niñez en el campo, cogiendo ranas en un arroyuelo. En la infancia compaginó su pasión por los animales con el colegio y los juegos con amigos. Durante la adolescencia se le encorsetó el ánimo en un colegio de curas en Alicante. La juventud la aireó en el Madrid de la movida, y la madurez tomó cuerpo en un país lejano de África, para terminar, volviendo donde «se cruzan los caminos», Madrid y Londres. El entorno también facilita las claves de la historia, como dijo Unamuno: «El paisaje hace al paisanaje», y cada uno de ellos, en las diferentes etapas de su vida, fue la base sobre la que dibujó su historia.

Hay personas convencidas de que nuestro destino está escrito, yo no lo creo, más bien pareciera que el relato de nuestra vida acaba de ser publicado, casi improvisadamente, por un guionista caprichoso, que tiene momentos en los que no está centrado en el texto y en otros sufre lapsus de memoria, se equivoca de cuaderno, de personaje, y termina sucediendo algo que te hace pensar: «En serio, ¿esto me está pasando a mí?». Y cuando se da cuenta ya no lo puede borrar ni reescribir, se sonríe y observa, tolerando y disfrutando

las repercusiones de su error, como si fuera imposible no dejar que el azar escoja la parte de protagonismo que considere de su propiedad.

La aleatoriedad de la vida hace que coincidas con alguien y que cuando este te empieza a importar, desaparezca y se te presenten otros personajes, unas veces agradables y cercanos y otras horribles y malvados que no te permitirán conciliar el sueño ni mantener la calma. Si el futuro estuviera escrito, el azar ha encontrado rendijas por las que meterse para hacer correcciones. A lo largo del libro he luchado con obstinación para ser yo quien dirigiera todos los acontecimientos, el que marcara con firmeza las directrices y llevar a cabo el plan previsto, y sí, en ocasiones lo conseguí, pero mi guionista interior también sufrió lapsus, o por momentos se puso creativo y se salió de la idea original, incluso cuando le quise reconducir, experimentó brotes de rebeldía, también quiso disfrutar de la sorpresa de los acontecimientos.

El entorno en el que nace nuestro protagonista le marca un rol que, aunque luego cambia, está en él como la primera capa de una cebolla, haciendo de molde de la siguiente. Podemos ponerle otras capas, pero siempre apoyarán en esa primera como una casa en sus cimientos, como la pintura en el lienzo. Por ejemplo, su primer amor y la crisis que provoca define su seguridad o inseguridad para gestionar las relaciones afectivas. Lo importante no debería ser quién provoca en él ese dolor, sino cómo lo gestiona, cómo afronta la prueba y lo resuelve, si es capaz de trepar por la angustia, la rabia y el desconsuelo que le ahogan e irlas convirtiendo, poco a poco, en serenidad, humildad y seguridad. Si transforma toda la energía que es capaz de generar en una carrera hacia adelante que le vuelva a colocar en disposición de afrontar el siguiente dolor. Si lo gestiona mal construirá malformaciones emocionales sobre las relaciones afectivas que con el tiempo dejarán de ser saludables, si lo hace bien aprenderá a convivir consigo mismo y con los demás. En todo caso, será de esa interacción con el medio de donde le llegue el reflejo fiel de quién es, de donde tomará conciencia de sí mismo, para seguir intentando dibujar su destino.

El primer desempeño profesional le marcará una línea de acción que puede, con esfuerzo, ir desarrollando, pero que a su vez le dificultará pasar a otras líneas profesionales. La vida es un proceso de elección, eliges una cosa y dejas fuera otras muchas, ignorando ya para siempre qué habría sucedido si te hubieras decidido por esas otras opciones, la vida no tiene un plan b, solo nuestra imaginación, se vive en directo, en tiempo real.

Es gratificante pensar que el guion de tu vida lo has ido marcando con criterio firme, lógico, racional. Que si te pasaron cosas maravillosas fue porque lo diseñaste así y lo perseguiste con esfuerzo, pero la verdad es que

los grandes momentos que han supuesto para ti un punto de inflexión, una gran parte de ellos los escribió el azar en persona, como sucede en la trama del libro. El matrimonio, los hijos, la salud… Las causas que los mueven son ajenas a los personajes, en el mejor de los casos, apenas tienen una ligera implicación. La vida, como juego de interacción con infinitas variables, permite que el futuro sea indescifrable, y es así, incluso, para mí como autor de esta ficción. Confieso que hay una gran diferencia entre el borrador original y el libro que tienes en las manos, porque las causas y los efectos se van desordenando paulatinamente, aquellas primeras hojas han sido reescritas, pero no solo por mí, también por los personajes que aparecen en el libro, como si no permitieran que los grandes momentos de sus vidas fueran dirigidos por alguien ajeno a ellos, como si se negaran a ceder su destacada cuota de protagonismo.

La historia nos la cuenta el protagonista en primera persona, centrándose en los ocho días que para él marcan el guion principal de su existencia, las ocho ventanas más significativas con las que mirar al resto de los días. Su motivación principal es convertir el acto de escribir en una confesión catártica. A través del relato va armando justificaciones a un comportamiento que le provoca un estado emocional difícil de resolver. Se cuenta la historia en orden ascendente, siguiendo el curso natural de la vida, empezando en la niñez y terminando en esos días en los que es mayor, jubilado y está viviendo una vida que ni el más cariñoso de los guionistas habría soñado rescatar para él mismo. Es la historia, también, de un pequeño grupo de personajes unidos por la misma intención.

Las fechas que centran cada capítulo son días con un valor especial desde los que contemplar una fase entera de la vida del protagonista y de quienes le acompañan, una excusa para narrar los sucesos necesarios, incluidos los de otras fechas no muy lejanas a la de los hitos principales, para entender las decisiones que van tomando.

Cuando ha pasado el tiempo suficiente como para tener distancia y perspectiva sobre lo sucedido, te interrogas sobre qué habría pasado si mi elección hubiera sido otra en aquel cruce de caminos. Y fantaseamos pensando que todo sería mejor porque, sin duda, habríamos tenido mejor suerte, y en ese escenario, que no fue el elegido, ahora estaríamos disfrutando. Siempre pintamos de azul el futuro. Hay ocasiones en las que pienso, qué pasaría si hacemos este ejercicio de fantasía con lo que nos va sucediendo a lo largo del camino que sí elegimos, si valorásemos con satisfacción las cosas que nos sucedieron, los aprendizajes obtenidos, las heridas cicatrizadas y su trascendencia… Gobernaríamos nuestras vidas con mejor ánimo,

tendríamos relaciones satisfactorias y seríamos más eficientes. Dejarse llevar por la canoa de «lo que pudo ser y no fue», deberíamos considerarlo un mero juego de entretenimiento con algunas dosis de peligro, un simple ejercicio de imaginación banal, porque esa otra vida nunca fue vivida, ni pudo existir, somos una unidad andante espaciotemporal y una vez que nos convertimos en relato queda marcada por su cuerpo de ficción.

Como todos sabemos, la realidad cuando se cuenta se sitúa cerca del cuento y eso es, en el mejor de los casos, lo que queda de nosotros, un «cuerpo de ficción». Con esta afirmación deberíamos calmar el deseo ancestral de trascender, de no morir del todo, porque lo que en verdad queda no es real, es una simple idea, que se puede esfumar o desarrollar en la imaginación de los que nos conocieron y aun así una gran parte lo podría estar decidiendo el azar, como sucede en esta novela.

Día 1

16 de junio de 1956

CAPÍTULO 1

Las raíces de Pascual

Por fin sintió que se había salvado de aquella maldita herencia familiar, que ya nunca tendría que volver al pueblo y trabajar la tierra como sus ancestros. Lucas, con sus cábalas matemáticas, siempre pensó que el trabajo en el campo no era muy diferente a jugársela en un casino, dependías de elementos que no podías controlar, y a él le gustaba la ciencia, asegurarse que los efectos venían de causas concretas y demostrables. No tenía por qué seguir con aquel legado que consideraba maldito, siempre dependiendo del tiempo, de si llovía o no, de alguna que otra plaga, de tormentas y de lo que ordenara el padre, hasta que uno se convertía en padre y repetía irremediablemente las mismas rutinas, una y otra vez.

Con el apoyo del maestro, y afianzándose en su expediente académico, consiguió convencer al padre para que le dejara ingresar en el seminario de Alicante. Era la manera de resolver la objeción de que apenas tenían dinero y sí más hijos que mantener, y aquel maestro, al que Lucas estaría eternamente agradecido, lo consiguió. Cuando terminó el bachillerato su decisión sorprendió tanto al padre como a los curas. A su padre, porque ya le tenía asignadas las tareas en las que le tendría que ayudar para irse convirtiendo en el heredero, y a los curas, porque siempre vieron en él un modelo en el que podrían reflejarse el resto de los niños y, además, porque disponía de la madera idónea para labrarse una brillante carrera eclesiástica.

El sábado 16 de junio de 1956 nació Pascual, el hijo primogénito de Lucas y Manuela, un matrimonio asentado en el Levante español, de familia media, acomodada. Él tenía cuarenta y dos años y ella treinta y nueve. Lucas era el hijo primogénito de una familia de labradores desde hacía, al menos,

cuatro generaciones. El abuelo de Pascual, que también se llamaba Lucas, siempre pensó que su hijo sería el sucesor, el encargado de labrar las tierras de la familia porque era el primogénito y así había sido siempre, pero su deseo se frustró, porque a Lucas, el padre de Pascual, nunca le gustaron los trabajos físicos, no soportaba mancharse las manos ni sudar. Desde niño, en la escuela destacaba claramente de los niños de su edad. En matemáticas era brillante.

Cuando terminó el bachillerato en el seminario se fue a Valencia a trabajar de administrativo en una empresa de construcción. Lo tenía todo preparado desde hacía meses, uno de sus compañeros de curso era sobrino de un constructor en esta ciudad, le pidió los datos y la dirección, le escribió una carta y el constructor respondió que contaba con él. Dos años después se matriculó en la Escuela de Ingenieros de Caminos y, con mucho esfuerzo, siete años más tarde, compaginando trabajo y estudios, se convirtió en Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, el salvoconducto para huir definitivamente de la lacra familiar.

Cuando Lucas era niño vivieron un año de sequía tan grande que pasaron hambre, enfermó y estuvo más de cuatro meses en cama. Aquello le dejó marcado para siempre. Él continuamente se veía diferente, distinto al resto de los miembros de la familia a la que pertenecía, constantemente imaginaba su destino muy lejos de allí, y así fue durante años. Aunque terminó volviendo para formar una familia. Este mismo desapego por los suyos lo vería reflejado en su hijo Pascual años más tarde, como si la herencia que había transmitido no fueran las tierras de labranza, sino ese rasgo de su carácter que le impedía empatizar de verdad con la mayoría de los seres humanos.

Lucas era austero, exigente, práctico y nunca había reflexionado sobre lo que aporta de verdad a la vida eso del cariño. Una mirada sonriente o una caricia, eran: «¡Pamplinas!», se decía para sus adentros las pocas veces que reparó en ello. Durante el último año de estudios ingresó a trabajar en una empresa que prestaba servicios de ingeniería para la compañía estatal de ferrocarriles y, en cuanto terminó la carrera, le propusieron incorporarse. Dijo que sí y le hicieron un contrato fijo. Viajó por más de media España, cada pocos años le cambiaban de destino. Con esa vida que llevaba, pensó en más de una ocasión sin demasiada pena: «Nunca podré asentar la cabeza y formar una familia».

En realidad, nunca tuvo un sentimiento profundo que le llevara a querer compartir su vida. Toda su energía la dedicaba al trabajo y, cuando este le dejaba tiempo libre, su afición era estudiar las técnicas de ingeniería utilizadas en la construcción y diseño de puentes. Esa era su obsesión porque su

voracidad le impedía tener otras aficiones. «Esos pasatiempos para los que tienen tiempo que perder», decía.

Sobre lo que nunca reflexionó Lucas era que toda su vida estaba montada sobre el instinto de huida; había abrazado con pasión los estudios y había llegado a especializarse cada día más y más para sentirse cada vez más lejos del destino que él mismo pensaba que llevaba escrito. Nunca llegó a cavilar sobre su propia existencia con profundidad, qué le motivaba de verdad, qué le hacía llorar y reír. Estos planteamientos, si alguna vez asomaban a la zona de su razonamiento, los rechazaba inmediatamente, pensaba: «¡Pamplinas!» y esta expresión le daba la seguridad suficiente como para no seguir pensando en esa dirección oscura.

Era muy creyente, esta herencia sí la había aceptado sin más, no se planteaba una existencia fuera de los designios del Creador. Nunca se hubiera planteado que, si pudiera haber elegido otra vida, ¿a qué la habría dedicado? Cuando bajaba la guardia, que era muy excepcionalmente, y pensaba en esto, su idea era que debería haber sido médico, porque donde los demás veían sentimientos, él veía ciencia. Como si los lazos afectivos no curasen.

Una gran mayoría de las personas, detrás de su cara de ciudadano normal, sociable, esconde algunos secretos sorprendentes. A lo largo de mi vida he encontrado siempre razones para defender eso de que «la realidad siempre supera a la ficción». Nada es lo que parece, siempre hay una cara oculta que desconocemos. Dicen que la cara es el espejo del alma, pero no de toda el alma o bien tenemos más de un alma. No conocemos el reflejo del alma de los que actúan en clandestinidad, en la sombra, en la oscuridad de la noche, ni de aquellos que tienen tal maestría en poner otra cara, que han convertido la suya en una verdadera careta.

Lucas mantenía algunos secretos que estaba dispuesto a llevar con él a la tumba. No porque le inculpara en un proceso penal que le terminara metiendo entre rejas, simplemente porque había decidido guardar con llave, en lo más interno de los calabozos de su mente, una historia de amor que fue la única capaz de acelerar tanto su ritmo cardíaco, que notaba que se ahogaba cuando pensaba en ella en la mísera soledad de sus noches.

Sucedió en su primer destino, después de hacerle fijo en plantilla, en Bilbao. Allí se trasladó el mismo día de su cumpleaños, celebraba los veintisiete. Había conseguido una pensión en pleno Casco Viejo, a través de una persona de su empresa. Llegó en el tren de las seis de la tarde, le fue a buscar a la estación el marido de la dueña de la pensión. Le instalaron en una habitación de techos altos que tenía un balcón con vistas a la avenida. Lucas decidió salir a cenar fuera, era su cumpleaños y quería celebrarlo. Cuando

regresó, y subía por las escaleras para ir a la habitación, se cruzó con una muchacha joven, calculó que tuviera veinte años, se saludaron y se presentó como la hija de la dueña, se llamaba Leire, se sonrieron, ella no paró de hablar y también de hacerle preguntas y cuando se le acabó el repertorio de tópicos, sin perderse la mirada, se despidieron.

Esa noche durmió mal, pensó que podía ser el cambio de ciudad, la proximidad del mar por su efecto en la presión atmosférica, que había cenado mucho en aquel restaurante donde había sido incapaz de dejar nada en los platos. No entendía por qué aquella excitación sexual, ese deseo irrefrenable de masturbarse, él que siempre se había autocomplacido de su capacidad para controlar los bajos instintos y esa noche, a pesar de los rezos de algún que otro avemaría, en menos de dos horas, acababa de terminar de correrse por segunda vez.

Se volvieron a encontrar en el desayuno, y así durante casi todas las mañanas de varios meses, pero una noche, cuando Lucas llevaba allí un par de semanas, Leire no aguantó más y llamó a su puerta con la excusa de que había tenido correspondencia. Cuando volvió a salir había pasado más de una hora, estaba sofocada, sonrojada y aterrorizada, llevaba el semen de Lucas dentro, él no se había podido aguantar y ella, en su fogosidad, no se lo había puesto fácil, hay situaciones en las que el deseo impone sus normas. Cada tres noches repitieron su aventura como si fuera un episodio programado, siempre a la misma hora, siempre en la misma postura, siempre en silencio y a oscuras, y siempre era Leire la que llevaba la iniciativa. Una noche, que Lucas esperaba que fuera como las demás noches desde que estaba en aquella ciudad, Leire llamó a la puerta, y cuando entró, en lugar de abrazarse a Lucas se echó a llorar, le dijo que estaba embarazada. Lucas no dijo nada, ni siquiera cuando Leire le dio un par de bofetadas para que dijera algo. Ella se sentó encima de la cama, lloró durante el mismo tiempo que antes dedicaban a follar, y cuando estuvo más tranquila salió de aquella habitación en la que no quiso volver a entrar jamás. Unos meses más tarde Leire dio a luz un niño, rubio, con ojos claros como los de Lucas, que delataba así quien era su padre. Durante más de un año Lucas vería a su hijo cuando bajaba a desayunar, Leire provocaba este encuentro y él nunca rechazó esta rutina, pero no fue capaz de decirle nada al niño, ni le hizo una caricia, alguna vez Leire le sorprendía mirándole de soslayo, con cara de cierta tristeza. A Lucas le cambiaron de destino, un día antes de irse llamó a la habitación de Leire. Ella, al ver por la mirilla quien era, decidió no abrir. Le dejó un sobre que tenía la paga de los últimos tres meses y se fue cuando su hijo Aitor tenía catorce meses y ya andaba.

En 1952, con treinta y seis años, conoció a Manuela. Era una mujer muy hermosa, lozana, que tenía treinta y cuatro años y ya era viuda desde los veintisiete. Su marido había fallecido después de una larga enfermedad, que le detectaron cuando solo llevaban tres meses de casados, fruto de unas fiebres que nunca le supieron curar, y la falta de medios económicos imposibilitó visitar algún especialista mejor que el anciano médico de cabecera del pueblo. La vida no les dio tiempo ni para que pudieran plantearse formar una familia.

Cuando se conocieron, Lucas llevaba un año destinado en Burgos. El capataz de la obra que dirigía, Andrés, que era de allí, lo invitó a las fiestas patronales de su pueblo, pensando que, tal como era, no aceptaría, pero lo hizo porque quería quedar bien con el jefe. Lucas en su interior pensaba lo mismo, que mejor se quedaba en la pensión. Pero no supo qué impulso interno le llevó a presentarse en aquella verbena con los amigos y la familia de Andrés, pero allí estaba, como teletransportado, tomando una copita de anís. Entre ellos estaba Manuela, una de las primas de Andrés. Desde ese día iniciaron un noviazgo largo y prudente. Como pareja encajaban muy bien, ella era pura dulzura, cariñosa y complaciente. Virtudes muy diferentes a las suyas, para él la realidad consistía en planos, números y supervisiones de obra. Pero rápidamente comprendió que esas virtudes de Manuela eran muy útiles para su forma de entender la existencia, que hacían que no le pusiera trabas a nada, que a todo le dijera que sí, que nunca cuestionara su modo de vida. Ambos pensaron que eran un complemento perfecto el uno para el otro.

A los pocos meses de conocer a Manuela, en la cabeza de Lucas empezó a germinar la idea de que había llegado el momento de dejar de estar solo, de comer en fondas y restaurantes, y de que, por fin, le ayudasen con esas tareas de la casa tan desagradables para él. Decidió que era el momento de asentar la cabeza.

Y así fue, se casaron un 14 de junio de 1954 en el pueblo natal de Manuela, a treinta kilómetros de Burgos. Fue una boda correcta, como solían ser las bodas en aquellos años, vinieron los padres de Lucas desde su pueblo de Alicante, a regañadientes, porque aquella fecha, les pillaba a mitad de temporada en la recogida de la cosecha del campo. Una vez más pudieron comprobar, y rumiar durante días, que su hijo era incapaz de pensar en ellos.

La celebración sirvió como reconciliación familiar, una reconciliación fría y superficial. Sí, les resultó agradable estar cerca, próximos, mostrarse como una familia normal, porque eso era lo correcto. Pero todos eran conscientes de que esta pose se podría mantener, siempre y cuando, no le volvieran a hacer las preguntas que nunca quiso responder, esas que querían

abordar la continuidad del negocio familiar como había sido desde hacía generaciones. Preguntas que se hacía su padre mientras doblaba los riñones en las tareas del campo, después de comer, en el duermevela de la siesta, y en las largas horas de la noche, hasta que por agotamiento le envolvía un sueño profundo donde las cosas sucedían tal como era debido.

Al atardecer, cuando ya se acabaron los licores y el cigarro puro, cada cual se fue a su casa, sus padres se acostaron pronto. Lucas les había sacado los billetes de regreso en el primer tren de vuelta de la mañana siguiente. Todo volvió a ser como antes.

En 1955 a Lucas le llamó el jefe de personal de la empresa y le comentó que había una plaza libre, se trataba de la dirección regional de Levante con sede en Alicante. Le pidió tres días para pensárselo. A Manuela se lo dijo el tercero, justo después de hablar por teléfono con el jefe de personal para darle su aceptación. Nunca compartió con nadie qué le animó a aceptar la propuesta de traslado, no fue la subida de sueldo, Lucas nunca fue una persona que se dejara llevar por el dinero, si hubiera sido así, no le habría costado nada montar un despacho en paralelo a su trabajo en la empresa, y con la gestión de contratos que estaban bajo su responsabilidad, se habría hecho de oro, como hicieron algunos que conocía. Tampoco su decisión era para volver a su tierra, cerca de su familia.

El motivo principal no era tanto el nuevo destino como la huida del destino actual.

La familia de Manuela se presentaba en su casa la mayoría de los fines de semana, disfrutaban con las celebraciones familiares, estando juntos. Eso le impedía a Lucas aislarse en su despacho y seguir trabajando, sin tener que soportar que nadie le incordiara. Cuando comunicó a Manuela que se trasladaban a Alicante, a ella le pareció una gran noticia, siempre había soñado con vivir en un sitio cálido cerca del mar, ni siquiera se le pasó por la cabeza pedirle explicaciones sobre por qué no la había consultado.

La familia de Lucas vivía a veinte kilómetros de donde ellos se asentaron, en un pueblo cercano a la capital, pero las visitas a sus padres siguieron siendo una al año, por Navidad. Eso fue así mientras que sus hijos fueron pequeños. Cuando el primogénito, Pascual, se hizo adolescente, se interrumpieron. Además, Pedro, su hijo menor, no quería ir a aquella casa, decía que olía mal y que le daba miedo. Pasaron años sin que Lucas visitara a sus padres.

Nadie hizo nada por recuperar la convivencia familiar, quizá porque no sabían lo que eso significaba, y casi sin querer dejarían de hablarse para siempre. Si mantuvieron alguna relación durante quince años fue porque